

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Por si las madres



Una matrona chihuahuense me escribe en un mezclado tono entre el enojo y el afecto. La señora salta braviamente a la palestra para defender a la mujer y para ello cita una afirmación que yo hice acerca de que estos días de virus y rosas los habíamos pasado en la plena holganza y lasitud. ¡Y que se encabrita la santa matrona! y así, después de desinfectar prolijamente el área, me saltó a la yugular y pasó a informarme que esto que había yo dicho era un juicio absolutamente machista que sólo miraba hacia la sempiterna flojera del macho mexicano que, en periodos como el de la cuarentena que acabamos de vivir, se exacerbaba y se derrama por todos los rincones. Pero esto es, señor Dehesa, privilegio del macho; la mujer, ella sí que sabe aprovechar estos tiempos muertos para ponerse al corriente en sus múltiples tareas, para embellecer su hogar, para adquirir cultura y para hacer cosas que hagan la vida más llevadera para todos. Como verán, me zarandé muy feo y de modo muy inesperado la shihuahuense. Mi respuesta la tomo de la historia de España y, en particular, de ese pasaje que nos cuenta las aventuras y desventuras del Marqués de Florida Blanca, enemigo implacable de los Borbones y más precisamente de la reina María Luisa que, si le hemos de creer a Francisco de Goya, tenía una cara de

pantufía que en nada avisaba de su licenciosa vida que, por fuerza, tuvo que edificarse a base de cuantiosos donativos hechos a los visitantes de la real camota. Así se manejaba la robusta reina quien, por lo ya explicado, le traía un odio africano a Florida Blanca que se dedicaba, en franco plan de cachondeo, a contar las nocturnas hazañas de la carimuela. En cierta ocasión, por algún pasillo del Palacio Real avanzaba la reina en pleno cotilleo con sus damas de compañía, mientras que, en sentido contrario, avanzaba Florida Blanca que hacía lo propio con su flota. La reina lo vio venir y de inmediato montó la guardia, soltó el músculo y preparó el mandarriazo. El babas de Florida Blanca se vino a enterar del peligro cuando sintió que se le caían tres molares de golpe a resultas del mamporro que le soltó la reina cuyo temperamento no era de reina, sino de taquero mexicano. Después de trastabillar y con la boca en calidad de salpicón, Florida Blanca encaró a la reina, la miró a los ojos y le dijo: “manos blancas no ofenden” (¡olé!). Espero que la dama chihuahuense haya descifrado el mensaje que con esta anécdota le estoy enviando. Según ella, los hombres somos la hez de la creación, en cambio las mujeres son el más exquisito producto de las celestiales fábricas.

Una vez que mi corresponsal logra establecer lo que ya se había establecido desde mediados del siglo pasado, pasa a informarme de que, siendo la mujer algo de tan digna alabanza, la que es mujer y que es

madre está ya en los niveles más altos del escalafón de todo lo creado y los hombres, aunque viviéramos postrados y entonando himnos de alabanza para ellas toda nuestra vida (“¡A parir, madres latinas, a parir!”), jamás lograríamos entender y valorar lo que es una madre y, madre mexicana para mayor resplandor.

Esa mole luminosa y cargada de orientales efluvios, de grandeza histórica y presencia legendaria llamada madre avanza en orden de batalla por el firmamento del Anáhuac y se calcula que “colisionará” con nuestro país el 10 de mayo en un punto conocido como Cerro del Chiquihuite que, obvio es decirlo, no aguantará el madrazo. Ya están avisados. Estamos muy a tiempo de huir a Belice y evitar a esas madres que ya se están colocando la faja y el zapato de tacón de aguja. Horror de horrores.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXLV (1545)

Ahí viene el PRI de regreso. Pronto las felices y costosas nupcias de Televisa y Peña Nieto rendirán un hermoso fruto. ¡Pa'la madre!

Cualquier correspondencia con esta columna femenil cual ninguna, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

